

la denominaran los firmantes del manifiesto chileno *Rosa náutica* —con una porosidad mínima, ignoraba la producción de la periferia de Occidente. Y cuando se interesaba por ella, lo hacía desde una perspectiva desnivelada y de forma escasamente altruista:

América Latina.

Ahí tenéis dos palabras que en Europa han sido y son explotadas por todos los arribismos conocibles. América Latina. He aquí un nombre que se lleva y se trae de uno a otro bulevar de París, de uno a otro museo, de una a otra revista tan meramente literaria como intermitente<sup>24</sup>.

Tal era el caso de *La Gaceta Literaria*, que haciendo gala del nacionalismo imperialista<sup>25</sup>, sugerido en el subtítulo de la revista —«Ibérica: Americana: Internacional»— defendía en el editorial del número 8 (15 de abril de 1927) la mayor propiedad del término Hispanoamérica frente a la versión francesa de América Latina y proponía a *Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica*:

Que nuestro hispanoamericanismo, que el criterio de *La Gaceta Literaria*, en este punto cardinal de vitalidad expansiva, es absolutamente puro y generoso y no implica hegemonía política o intelectual de ninguna clase, lo evidencia el hecho de que nosotros siempre hemos tendido a considerar el área intelectual americana como una prolongación del área española. Y esto, no por un propósito anexionista reprobable, sino por el deseo de borrar fronteras, de no establecer distingos, de agrupar bajo un mismo común denominador de consideración idéntica toda la población intelectual en la misma lengua; por el deseo de anular diferencias valoradoras, juzgando con el mismo espíritu personas y obras de aquende y allende el Atlántico<sup>26</sup>.

El tono empleado y, sobre todo, la misma propuesta, debieron resultar demasiado provocativos a los escritores hispanoamericanos, que no rehuieron la polémica. Entre otras revistas participaron *Martín Fierro*, *Crítica* y *El Hogar* de Buenos Aires, *La Pluma* y *Cruz del Sur* de Montevideo y la cubana *Orto*. Todas rechazaron lo que entendían como prepotencia inmotivada, siendo *Martín Fierro*, bajo la firma de Rojas Paz, Molinari, Borges y otros, la más contundente: «¡Madrid se siente imperialista, tiránico! ¡Madrid quiere tutelarnos!»<sup>27</sup>.

La negativa a la pretensión hegemónica peninsular estaba plenamente justificada por cuanto olvidaba que la vanguardia española, estrechamente vinculada a los movimientos de otros países europeos, formaba parte de un común proceso hispánico en el que Oliverio Girondo, Borges y Vallejo marchaban codo a codo con Gerardo Diego, Guillermo de Torre y Juan Larrea; por cuanto quería olvidar el paso de Huidobro por Madrid en 1918, saludado por Cansinos-Asséns como «el acontecimiento supremo del año literario» y decisivo en la eclosión del ultraísmo.

Sin embargo, alguna razón guardaba el editorial de la revista española: «Desde un punto de vista de libreros, los escritores de *La Gaceta Literaria*

<sup>24</sup> César Vallejo, «Se prohíbe hablar al piloto», *Favorables París Poema (París)*, n.º 2 octubre, 1926, págs. 13-15, pág. 13 (edición facsímil, Sevilla, Renacimiento, 1982).

<sup>25</sup> *Tal es al menos la opinión de Carmen Bassolas, prólogo a La ideología de los escritores, Literatura y Política en La Gaceta Literaria (1927-1932)*, Barcelona, Fontamara, 1975, págs. 9-44, pág. 17.

<sup>26</sup> *Recogido en Carmen Bassolas, ibid.*, págs. 18-23, pág. 21.

<sup>27</sup> José Carlos González Boixo, «El meridiano intelectual de Hispanoamérica»; polémica suscitada en 1927 por *La Gaceta Literaria*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 459, septiembre 1988, págs. 166-171, pág. 168.

<sup>28</sup> José Carlos Mariátegui, «La batalla del libro» (1928), Temas de nuestra América, págs. 118-121, pág. 118.

<sup>29</sup> Saúl Yurkievich, A través de la trama (sobre vanguardias literarias y otras concomitancias), Muchnik Editores, Barcelona, 1984, págs. 7-8. También Ángel Rama, «La tecnificación narrativa», Hispamérica, año X, n.º 30, diciembre, 1981, págs. 29-82, págs. 70-71 y 78.

<sup>30</sup> No puede ignorarse la fundación de numerosos partidos comunistas y de algunos socialistas en la década de los 20. Vid. Carlos M. Rama, op. cit., principalmente págs. 80-88.

<sup>31</sup> César Vallejo, El tungsteno (1931), vol. 6 de Obras completas, Barcelona, Laia, 1976, págs. 9-10.

<sup>32</sup> Respuesta de Guillermo de Torre a la encuesta de Miguel Pérez Ferrero sobre la vanguardia, aparecida en el número del 1 de junio de 1930 de La Gaceta Literaria, recogida en Los vanguardistas españoles 1925-1935, selección de Ramón Buckley y John Crispin, Madrid, Alianza Editorial, 1973, págs. 406-413, pág. 410.

estaban en lo cierto cuando declaraban a Madrid meridiano literario de Hispanoamérica. En lo que se refiere a su abastecimiento de libros, los países de Sudamérica continúan siendo colonias españolas»<sup>28</sup>.

El mismo derecho a disponer de ombligo propio, vociferado por los cosmopolitas, guiaba la callada labor de los llamados nacionalistas, localistas o regionalistas, menos aficionados al manifiesto y al escándalo.

La diferencia entre unos y otros residía básicamente en que los primeros escribían desde las grandes capitales y los localistas desde el *interior del país* y no en unívocas posiciones políticas o sociales<sup>29</sup>.

Pese a los obstáculos que separaban estos mundos, todo se acercaba en el momento conmovido del telégrafo sin hilos, de las tercas locomotoras, de los audaces camiones. En tales circunstancias no era posible ignorar el impulso modernizador sin caer en la contraaculturación, sin resignarse a sumirse en la charca y el pasado autóctono, en el folklore y la arqueología.

La sofisticada maquinaria de los centros de explotación agrícola y, sobre todo, minera se incorporaba mágicamente a la naturaleza americana y los ojos nativos, asombrados en un principio, se adaptaron al nuevo paisaje que imponía una mayor tensión al cotidiano vivir. Ciertamente, el trato semifeudal que los gamonales mantenían con el campesinado no desapareció, pero a su lado surgía un sistema de relaciones y valores que nada tenía que ver con el pasado<sup>30</sup>.

Los dólares de la Mining Society habían comunicado a la vida provinciana, antes tan apacible, un movimiento inusitado.

Todos mostraban aire de viaje. Hasta el modo de andar, antes lento y dejativo, se hizo rápido e impaciente. Transitaban los hombres, vestidos de caqui, polainas y pantalón de montar, hablando con voz que también había cambiado de timbre, sobre dólares, documentos, cheques, sellos fiscales, minutas, cancelaciones, toneladas, herramientas<sup>31</sup>.

De cualquier modo, a pesar de la efectiva modernidad, la abisal diferencia entre este mundo rural y las grandes capitales imposibilitaba la apropiación de las técnicas expresivo-cognoscitivas, no ya de la vanguardia europea, sino también de la cosmopolita. Los ritmos, estructuras y referencias urbanas no eran automáticamente traducibles al ámbito rural, lo que obligó a los escritores a adoptar crítica y creativamente aquellos hallazgos vanguardistas susceptibles de sugerir la específica modernidad del propio ámbito.

El resultado fue, en palabras de Guillermo de Torre, una vanguardia «con sentido propio y cierta ambición particularista» frente a la otra, la cosmopolita que «era solamente un reflejo o adaptación de la europea»<sup>32</sup>.

El juicio de valor callaba que tanto la exótica y auténtica como la apócrifa vanguardia hispanoamericana crecían sobre el humus de la propia tradición, álbum de retratos que permitía descubrirse a través de un antepasa-

do o reírse de su cuello y su corbata: «Martín Fierro, por otra parte, ha reivindicado, contra el juicio europeizante y académico de sus mayores, un valer del pasado. A esta sana raíz debe una buena parte de su vitalidad»<sup>33</sup>.

Igualmente callaba que sobre este legado cultural —algo que debía ayudar a vivir más que una herencia a venerar—, ambas tendencias desarrollaban una equivalente operación transculturadora; el inexcusable impulso europeo resultaba apenas perceptible en la orientación centrípeta por la necesaria adecuación a una realidad profundamente distinta; como apenas era perceptible en la centrífuga, contrariamente, por el parecido entre las grandes ciudades a uno y otro lado del Atlántico.

Y es que, en realidad, localista y cosmopolita no eran dos vanguardias antitéticas y perfectamente delimitables. Eran únicamente los polos extremos del amplio espectro vanguardista hispanoamericano<sup>34</sup>; variada unidad en cuyo interior puede ubicarse sin dificultad la producción de autores como Arlt, Vallejo o Neruda, que no coincidían plenamente con las orientaciones polares:

El mundo de las artes es un gran taller en el que todos trabajan y se ayudan, aunque no lo sepan y lo crean. Y, en primer lugar, estamos ayudados por el trabajo de los que nos precedieron y ya se sabe que no hay Rubén Darío sin Góngora, ni Apollinaire sin Rimbaud, ni Baudelaire sin Lamartine, ni Pablo Neruda sin todos ellos juntos<sup>35</sup>.

Sólo así se entiende la concomitante producción criollista del cosmopolita grupo de Florida, el doble rostro del modernismo brasileño<sup>36</sup>, las oscilaciones de la vanguardia chilena, de todo el continente entre el *primitivismo* y un *esteticismo ultramoderno*, a fin de... «cristalizar un programa ideológico nuestro, pensado por cuenta propia... establecer base de una tradición de arte nacionalista... que será criolla y universal a un mismo tiempo»<sup>37</sup>.

Probablemente esta tensión entre regionalismo, nacionalismo y ruralismo de un lado, y cosmopolitismo, internacionalismo e industrialización del otro —a la que ni siquiera el modernismo brasileño con su concepto de literatura nacional pudo escapar—, constituya el gesto específico de la vanguardia hispanoamericana, expresión de la problemática inserción de una cultura periférica en la modernidad de las primeras décadas del XX<sup>38</sup>.

### III. De la euforia a la década infame

Con esa manera única en los adolescentes de frotarse los ojos al despertar, Hispanoamérica se incorporaba de forma definitiva al siglo XX: el in-

<sup>33</sup> José Carlos Mariátegui, «La batalla de Martín Fierro» (1927), op. cit., págs. 115-118, pág. 116.

<sup>34</sup> Merlin H. Forster, «Latin American Vanguardismo: Chronology and Terminology», en *Tradition and Renewal (Essays on Twentieth-Century Latin American Literature and Culture)*, Edited by Merlin H. Forster, University of Illinois Press, USA, 1975, págs. 12-50, págs. 49-50. También Nelson Osorio T., *La formación de la vanguardia literaria en Venezuela (antecedentes y documentos)*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1985, págs. 68-69.

<sup>35</sup> Pablo Neruda, «Latorre, Prado y mi propia sombra», *Para nacer he nacido* (1978), Barcelona, Bruguera, 1980, págs. 411-431, pág. 425.

<sup>36</sup> Wilson Martins, «El vanguardismo brasileño», en *Los vanguardismos en la América Latina, prólogo y materiales seleccionados por Oscar Collazos*, La Habana, 1970, págs. 259-275, págs. 270-273.

<sup>37</sup> Nguillatum. Periódico de literatura y arte moderno, Año 1, 6 de diciembre de 1924, n.º 1, citado por Klaus Müller-Borgh, op. cit., pág. 293.

<sup>38</sup> Vid. Sonia Mattalía, «Escalas melografiadas: Vallejo y el vanguardismo narrativo», *Cuadernos Hispanoamericanos*, números 454-455, abril-mayo 1988, vol. I, págs. 329-343, pág. 335-337.